

ENRIQUE PÉREZ ÁMEZ

Prólogo a su próximo libro: “El silencio de Dios”

Para hablar de mi experiencia como hombre, ex-xacerdote, ex-canónigo penitenciario, ex-miembro activo, y por lo visto muy fructífero, del Opus Dei, entre otras muchas cosas, debería comenzar por la cita de algún texto conciliar, encíclica papal o cualquier otro tipo de documentación “magistral” que pudiera servir como guía y faro que a algunos pueda alumbrar, aunque su luz haya servido para “desnortar” a otros. Prefiero partir para mis pequeñas reflexiones de un artículo publicado en un periódico de provincias el día 18 de marzo de 2006, a propósito del día de San José o día del Seminario. Quien lo ha escrito ha ejercido cargos importantes en su diócesis, entre otros fue Rector del Seminario, y por lo tanto del tema “vocacional” debe saber un rato.

Parto de este artículo, primero porque se atreve a describir un hecho que se aproxima bastante a la realidad; y segundo porque -en su ingenuidad- se hace una serie de preguntas que no acierta a responder satisfactoriamente, y cae -un pelín- en el tópico de siempre: echar la culpa a los demás y, sobre todo al ambiente social en que nos ha tocado vivir, por la falta de vocaciones sacerdotales.

Da la impresión que la Iglesia -los pocos que aún la sienten y sufren por ella, según dicen- cansada de dar tumbos sin sentido, en lugar de “coger al toro por los cuernos” en una reflexión profunda y con los pies en el suelo, se ha estancado y como el avestruz esconde la cabeza a lo largo de la travesía del desierto en que se halla embarrancada.

El autor del artículo periodístico, de una manera simple pero sincera, lagrimea por lo que está ocurriendo, lamenta la situación, analiza -bien es verdad que muy superficialmente- el momento social y existencial de hombre, para al final seguir dándole vueltas a una especie de tedioso interrogante que no resuelve sus dudas y le deja ayuno de soluciones. Entre otras cosas, por eso me ha gustado y lo he elegido como punto de partida para poner negro sobre blanco mis experiencias, tanto en la Iglesia como fuera de Ella. Al estar profundamente escamado de afirmaciones rotundas, verdades radicales e incontestables, principios inamovibles y morales trasnochadas preñadas de fardos pesados que han acogotado al “fiel” y le han hecho, en el mejor de los casos, apartarse de una fe oscurantista y de una vida en tinieblas...; prefiero la “firmeza de la duda”, me siento más persona en el “rebusco” que en la contemplación plácida de la cosecha “asegurada”.

No pretendo azuzar odios ni justificar posturas, iniciativas o decisiones

personales. Sobre el paciente papel iré desgranando -en forma de cartas- mis pensamientos y sentimientos hacia una “amante” perdida, dicen que en algún tiempo fue mi “madre”; luego pasó a ser una “malquerida despechada” que, llevándome todo, un buen día, sin más, -Ella, que no yo- se alejó dejándome con el alma sangrante, el cuerpo magullado, maltrecho; cargando con unas pesadas alforjas, me abandonó en la cuneta, en la más absoluta de las soledades y royendo deseos imposibles de realizar, sueños macabros, desilusiones, esperanzas marchitas, y sobre todo...dolor, ¡infinito dolor!... por una vida entregada sin sentido a una causa decimonónica y sin contenido. Me despertó de “sopetón” de tantas ilusiones y sueños bonitos, ilusionantes, cargada de ideales nobles y sonrisas de niño...; pero eso sólo, eran sueños que encerraban un despertar agrio y desconcertante.

Supongo que a la mayoría de cuantos nos hemos “apeado del regazo materno” de la Santa Madre Iglesia, habrá pasado algo parecido. A ellos y a cuantos con mirada limpia y pureza de intenciones tengan a bien leer estas páginas, va dirigido “el por qué” de este prólogo y las cartas que un día -quizá por pusilanimidad, cobardía o por miedo al “sonrojo”- no escribí dirigiéndolas “a quien pudiera corresponder” o a “la autoridad competente”. A cuantos aún sufren el síndrome de Estocolmo, justificando de alguna manera la postura de la Iglesia para con ellos, van más que a nadie dirigidas estas letras. Los males por los que hemos pasado y las peripecias vitales que hemos tenido que recorrer para sobrevivir, seguir hacia adelante, me gustaría darles un impulso, devolverles un poco de ilusión, y, sobre todo, poner en su corazón y labios una amplia sonrisa. La Iglesia jamás usará el principio de reciprocidad.

Sin victimismos, pero sin pagar las facturas de una reconciliación impuestas que no buscada; ni de suplicar “un perdón” por faltas y pecados ajenos. En un momento determinado tuvimos mucho que decir a la sociedad y a la mismísima Iglesia...¿por qué no hoy?

Para no aburrir más con el prólogo y como “sólo digo mi canción a quien conmigo va”...; pues eso..., cierra el libro; o ten una pizca no sé si de osadía, valentía, coraje; o simplemente déjate llevar por la curiosidad de seguir leyendo.